



José Manuel Alonso Pérez

José Manuel Alonso Pérez nace en la ciudad de Burgos en 1962. Allí pasa su niñez y primera juventud hasta que, en 1980, se traslada a Valencia para cursar Bellas Artes. Cinco años más tarde obtiene la licenciatura y en 1986, por otro lado, el título de delineante. Este último le sirve para comenzar en el mundo laboral. Tres años más tarde, en 1989, se establece de forma definitiva en Alicante y pasa a formar parte de la plantilla de una empresa de telecomunicaciones; lugar, dicho sea de paso, donde trabaja en la actualidad. Naturalmente, de una forma u otra, nunca ha dejado de tratar, siquiera privadamente, con actividades relativas a las artes. Tiene entre sus grandes amigos a los libros. La lectura es una de sus principales aficiones y de ahí viene, como es lógico, su gusto por la escritura. Tras un tiempo realizando escritos personales, un buen día decide internarse en el arte de la literatura y comienza a componer relatos y cuentos y a participar en distintos certámenes bajo el seudónimo de ALONSO CICERÓN. La suerte, afortunadamente, no le ha sido ajena. Hasta la fecha, cuenta con más de seis distinciones.



El pelo de la zorra

José Manuel Alonso Pérez

Se levantaba todos los días, igual en verano que en invierno, a las cinco de la mañana. A esa hora, cuando las sombras nocturnas aún pululaban por la aldea, encendía un cabo de vela pegado sobre una tabla con vocación de mesilla y, dirigiendo la mirada hacia el techo de su alcoba, cual cielo figurado, daba gracias por la nueva jornada. En ocasiones, es verdad, demoraba esa primera oración y echaba un vistazo a través del ventanuco para disfrutar de la sosegada paz de la noche. Sobre todo, le gustaba admirar la luz que plateaba las casas y la torre de la iglesia cuando allá en lo alto, cerca de Dios, había un buen gajo de luna. En invierno la negrura misma parecía congelarse con el frío. Tembloroso, abría entonces los cuartillos y observaba durante unos minutos la gélida intemperie y la oscuridad pensando cuán parecido era todo aquello al corazón de los hombres, a muchos de los cuales había oído en confesión, y a su propio pasado. Comparaba el tamaño inmenso de aquella ausencia de luz con la diminuta llama de la vela, con la inaudita pequeñez de su ser, y caía en la cuenta de lo poderoso que es el Eterno, de su misterio, y se hacía más humilde si cabe; y es cuando, por último, murmuraba su rezo.

Antes de probar bocado alguno, nada le parecía tan adecuado como el silencio de la mañana para dar el alimento necesario al espíritu. Una serie de lecturas escogidas llenaban de placer las dos o tres horas que tardaba en presentarse el alba y después, pleno de ánimos, comenzaba inmediatamente las labores diarias dejando la alcoba impecable y tomando un frugal almuerzo. Nadie diría, al verle, que su mesa era comedida y que, en realidad, el ayuno era para él tan habitual como «el pan nuestro de cada día» lo era para los demás. Toda su figura mostraba un saludable aspecto y una

notable fortaleza animaba sus movimientos, preguntándose, muchos, de dónde habría sacado aquellos brazos tan nervudos y aquellas manos tan recias. Su rostro, quizá, era lo que más llamaba la atención porque en él se descubría una antigua belleza que —según comentaba alguna que otra alcahueta— debió de haber hecho estragos entre las mujeres tiempo atrás; y porque ahora, marcado como estaba, exhibía una cicatriz tan gruesa y larga que desde cierta distancia simulaba ser una escolopendra detenida sobre la mejilla izquierda. Precisamente, el ojo de ese lado se había salvado de milagro. Algunos habían intentado conocer los detalles del percance pero la respuesta dada era siempre la misma: que la culpa la tenían los vidrios rotos de una ventana de iglesia. Nadie le creía, claro está, pero tampoco nadie osaba ir más allá con su curiosidad porque cuando aquellos dos ojos grises y fríos —uno de ellos semiherido— se quedaban mirando y diciendo «¡basta!», todos descubrían con alarma que una especie de nudo les atascaba la garganta y los pelos se erizaban como si en torno hubiera escarcha. Sin embargo, no había cuidado. Avisado de la turbación que a veces producía su aspecto, él siempre tenía a mano la palabra, la voz, el gesto suave y amable que devolvía la tranquilidad al ánimo y reconducía la conversación. Lo cierto es que se había ganado el respeto y la admiración de los vecinos de la aldea e, incluso, habían entrado finalmente en el reduto de los convencidos, aquellos que, desde siempre, se mostraron más reticentes con las cosas de la religión. Porque, a fin de cuentas, Dios puede que fuera bueno (eso ya se vería), pero lo que quedaba fuera de duda es que aquel hombre era un ejemplo a seguir en todos los aspectos. Entre otras cosas, después de la misa de nueve cualquiera podía encontrarle arrimando el hombro en el lugar más insospechado; que lo mismo pisaba barro para hacer adobes y reconstruir lo más rápidamente posible la parte caída de una casa humilde, como llevaba estiércol en el carro desde las cuadras a los campos. «El Señor y la basura nos darán buenas cosechas y fruta madura» —decía con tono de broma a todo aquel que ponía en tela de juicio esa actividad y le recordaba cuál era su misión en el mundo. En verano no había hacienda que no lo tuviera de agostero y en invierno, aun con los fríos

más extremos, él era quien a primera hora de la mañana se encargaba de cortar y recoger gruesos haces de leña para los necesitados. En más de una ocasión había dotado la sacristía de colchones de paja y mantas de lana con el fin de dar cobijo a caminantes ateridos y a su cargo estaba también, de común acuerdo con el maestro, el cuidado de la escuela. Procuraba, en fin, ser equitativo y dar a todos por igual lo único que tenía a mano: afecto y buena voluntad —que le sobraban —y limosnas, que a menudo le faltaban.

Su amigo más entrañable, no obstante, era un rapaz, listo como una ardilla, que llevaba ya once años dando patadas por la existencia y unos pocos menos buscándose la vida. Él fue la primera persona que halló al llegar a la aldea. Estaba el chico agazapado en un huerto y, al encontrarse, se miraron mutuamente —el uno asustado, el otro curioso —y entre ambos se formó para siempre una especie de amistad vieja, profunda; tan sólida y cómplice como si se conocieran de toda la vida. Porque aquel chaval parecía ser el reflejo exacto de otros tiempos mejores, cuando él mismo era un niño y robaba manzanas, y el muchacho, según le confesó más tarde, quedó impresionado por aquella cicatriz magnífica que le cortaba la cara en dos y que dejaba a la altura del barro las costras de sus rodillas.

—¡Oye, mocoso! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó aquel día.

—Nada malo, señor cura —respondió el muchacho. Espero a que pase el zorro.

—Entonces dime —insistió él —¿qué son esas manzanas que te asoman en los bolsos? Que yo sepa, los zorros no comen fruta...

—Pues no, no comen... Estas son para mí, para que no se me haga tan larga la espera.

Aquellas palabras, aquella honestidad sin tapujos le asombraron. Otro, en su lugar, habría recurrido a la flagrante mentira pero aquel chiquillo, lejos de sentirse culpable, explicó su verdad de modo tan inocente que, en vez de haber sido sorprendido hurtando manzanas, más bien parecía que le habían preguntado el nombre. Que, por supuesto, fue lo siguiente que él hizo.

—¿Y dices que por aquí va a pasar un zorro? ¡Menudo zorro estás tú hecho! A ver, ¿cómo te llamas?

—¡Calle un momento, señor cura...! Y venga conmigo. Ande... mire, mire. ¿Qué le parece? Es bonito... ¿eh?

A poca distancia, la cola anaranjada y hermosa de un zorro serpeaba entre las hierbas y él se quedó boquiabierto. Desde entonces fueron casi inseparables. Se hicieron tan amigos como puedan serlo la uña y la carne y eso era así hasta el punto de que, en cierta ocasión, cuando unas fiebres atacaron con rigor al ladronzuelo, él se sintió como si en alguno de los dedos tuviera hincada una astilla. Cenaban juntos muchas veces y compartían —parte para el adulto, tres partes para el crío— todos los alimentos. Luego, a la luz de la vela en invierno, y a la luz de la luna en verano, hablaban de cosas varias y él le contaba al pequeño historias de ladrones y bandoleros y de cómo, aunque estuviera feo decirlo, también robaba manzanas siendo niño. Y unas monedas le daba todos los domingos porque no había otro igual para monaguillo; que lo mismo ayudaba con las vinajeras que cantaba los latines. Lo mejor de todo, sin embargo, eran aquellas tardes en las que, dando un paseo, llegaban a las afueras de la aldea y se escondían y espiaban las andanzas del zorro. Buen cuidado ponían en no dejarse ver y, cuando el noble animal se quedaba quieto y olfateaba el aire, sospechando algo, ellos agachaban sus testas todavía más y permanecían tan tiesos e inmóviles que hasta el mismo raposo les tomaba por troncos aptos para restregarse el lomo. Cosa que no hacía jamás, naturalmente, pero el ver cómo se les acercaba producía en su ánimo una satisfacción tan grande que, a veces, consideraban haber realizado el mayor prodigio del mundo.

Mas, a pesar de no hacer daño a nadie, los dos camaradas comprobaron un buen día que la fortuna no estaba por la labor de que continuaran con tales entretenimientos y que, en definitiva, el pasado siempre ordena el presente. En muchos casos, dolor y desdicha rondan hasta en los lugares más escondidos y, lo peor de todo, se ensañan más con los que menos pueden defenderse...

Aquella mañana de junio un rayo de luz caía oblicuo sobre la nave de la iglesia matizando la deliciosa penumbra; mostrando que el aire encerrado en aquel recinto, aunque santo, en realidad estaba formado por incontables motas de polvo. Era domingo; la misa, como siempre, sería a las nueve. Él se dirigió con resolución hacia la sacristía y, de paso, observó distraídamente a los tres o cuatro individuos que allá, en uno de los bancos apartados del fondo, permanecían con la cabeza baja y las manos cruzadas. Abrió un armario de madera oscura, tomó una casulla y aspiró luego el aroma de aquellos muebles ancianos y venerables porque, mezclado con el incienso remansado en los rincones, resultaba ser un verdadero bálsamo. Todavía disfrutaba de los sagrados perfumes cuando se percató de que alguien le acompañaba. Tres... no, cuatro hombres —los mismos que había visto hacía tan sólo unos instantes —estaban frente a él y le miraban tan fijamente que más parecía que quisieran sujetarlo con los ojos, no se les fuera a escapar. Y algo de eso era verdad, sin duda, porque uno de ellos se había quedado apoyado, como quien no quiere la cosa, junto al quicio de la puerta. Muy a su pesar, al punto los reconoció a todos.

—¡Hola..., «viejo amigo»! —saludó el más joven.

No hubiera sido ésta una cortesía mejor o peor que otras, ni más diferente, si no fuera porque además de una mueca socarrona el individuo que había hablado puso en sus palabras un tono gélido.

—Buenos días nos dé Dios —respondió el «viejo amigo» con un gesto forzado que, por primera vez en muchos años, le produjo un pinchazo en la cicatriz.

Nadie contestó. Durante un buen rato, únicamente las miradas afiladas como punzones siguieron hablando entre ellas y trataron de cortar, acaso, el espeso y desagradable silencio que había invadido la sala. De pronto, sin previo aviso, unos pasos pequeños pero vivos sonaron en la nave de la iglesia con la misma alegría machacona de una gota de agua llenando una pila. Entró en la sacristía el niño que hacía de monaguillo y, al ver a todos aquellos hombres y su aspecto, el gesto risueño que traía se mudó en susto. Rápidamente se dio cuenta de lo que pasaba porque la expresión de

su amigo era tan extraña que más bien parecía efigie de Satanás antes que religioso.

—¡Vaya! Tenemos un acompañante. ¿Quién eres tú? —le preguntaron.

—Yo soy el monaguillo y vengo para hacer la misa. El señor cura y yo somos buenos amigos y me gusta ayudarlo.

Y prosiguió el muchacho con una ingenuidad deliciosa que intentaba justificar aún más su presencia:

—Somos amigos y muchas tardes vamos a ver al zorro...

Aquellos individuos exhibían desde el principio una media y torcida sonrisa de ironía pero en aquel momento, y con tal respuesta, no pudieron contenerse más y unas sonoras carcajadas retumbaron en el templo. Acto seguido, uno de ellos agarró al infante por el cuello, sin miramiento alguno, y —¡Escucha bien imbécil! Aquí el único zorro es este pájaro que hace de cura. ¡Mírale bien! Antes fue cabecilla y compinche nuestro. ¿Ves su cara? ¿Ves esa cicatriz? Es la cicatriz de un navajazo. Es una suerte que la lleve ahí, en el rostro, para que no se pueda ocultar por completo. Tu compañero es un forajido, un ladrón, un criminal de la peor especie. Él solo ha segado más vidas de las que tú puedas contar con todos tus dedos. Ahí donde le ves, es mortal con la navaja; nadie logra superarle. No le hubiéramos hecho esta visita tan «amable» sin las pistoletas que llevamos en el cinto, aunque... bien mirado, ahora no parece tan peligroso. Pero no te confíes, muchacho, ¡no te confíes! Tú entiendes de zorros ¿no? Pues entonces conocerás el dicho: la zorra cambia de pelo... pero no de condición. Estoy seguro de que tu sacerdote os reserva una sorpresa a ti y a todos los ingenuos que vivís en este villorrio miserable; y posiblemente hace ya tiempo que tiene pensado cómo esquilmar esta iglesia. Se llevará hasta los candelabros y dejará a tus paisanos mirando al cielo y... a dos velas.

Una vez más, todos se rieron con ganas. El pobre chico escuchaba aquellas barbaridades sin dar crédito, atendía sin entender nada y temblaba sin tener frío. Ni palabra alguna podía articular

siquiera debido a la intensa presión de aquella mano patibularia alrededor de su garganta. Unas lágrimas comenzaron a mojarle los ojos y un sonoro bofetón se estampó sobre su cara, como si el que se lo había dado —el mismo que le atenazaba— quisiera dejar bien claro que todas aquellas revelaciones no eran ninguna broma. A su amigo el cura, mientras tanto, le sujetaban con fuerza por los brazos. Aterrado, el niño se soltó con un tirón y, cual zorro perseguido por los perros, optó por salir corriendo. Pero no hizo tal. Apenas había dado una zancada cuando el hombre que estaba al lado de la puerta le cerró el paso con brutalidad y le empujó con tal violencia que el desdichado cayó rodando por el suelo y acabó golpeándose la cabeza contra la esquina aguda de una verja de hierro. No dio más que un suspiro.

A la vista de estos acontecimientos, y del cariz que tomaban las cosas, aquellos cuatro malhechores decidieron una prudente retirada. Ahorraron palabras, tomaron unos cuantos objetos de los muchos que decoraban el habitáculo y salieron de la sacristía. Todavía, antes de marchar, el que había empujado al chico se dirigió al «viejo amigo» y le aconsejó:

—No llores mucho, curita... No es más que un mocoso. Ya nos veremos.

Pero aquel hombre con la cara cortada no le escuchó en absoluto. Su pesar era tan grande que únicamente al sentido del gusto daba crédito por permitirle conocer el amargo sabor de la hiel que se esparcía dentro de su boca. Se postró de inmediato junto al niño, le tocó la cara, le tomó las manos, suplicó, murmuró una plegaria... Nada que hacer. Aquellos ojos juveniles y vivaces tenían un brillo falso, como de vidrio; y un reguero rojo se deslizaba entre sus dedos y caía gota a gota al suelo, igual que si un espantoso reloj, inapelable, contara los segundos de vida que quedaban en aquel cuerpecillo.

—Señor cura... —balbuceó el pobre monaguillo— creo que no voy a poder echarle una mano... ni tampoco vamos a poder ir esta tarde al campo para ver al zorro... ¿Usted sabe si... en el cielo... hay... animales...?

No pudo responder. Hacía tiempo que por aquella cara no resbalaban las lágrimas pero, en ese instante, se deslizaron una tras otra por la acanaladura de la cicatriz y le mojaron los labios y le quemaron los pómulos. No sabía si en el cielo había animales, ni siquiera si había cielo. Podía jurar, eso sí, que en el mundo existía el infierno —ubicado en el interior de su persona— y únicamente deseaba que la consunción que sentía sirviera para expiar sus muchos pecados del pasado; porque el dolor era tan insoportable, abrasaba tanto, que no encontraba ya diferencias de estado entre él, que se notaba sin vida, y el niño que sujetaba entre los brazos, que estaba muerto...

Al galeno le avisaron tan pronto como fue posible pero sólo para que confirmara lo que todos sabían; y a la abuela, la única familia de aquel inocente, además del cura, hubieron de sentarla en el poyo de la puerta cuando la visitaron porque temieron que con su avanzada edad, y tal noticia, en vez de uno hubiera que atender dos entierros. La liturgia de aquel domingo ya no fue sino un lamento, una ceremonia hecha de lágrimas; una sucesión de rezos, entre resignados y desconfiados, que buscaban remediar lo irremediable. En la consagración, calladamente, él le ofreció al Eterno un trato: su vida a cambio de la del muchacho o bien, si eso no era suficiente, la posibilidad de nacer y renacer una y otra vez para ser condenado y sometido a tormento otras tantas veces.

Nada de todo aquello pudo evitar, sin embargo, que las horas pasaran y que la jornada caminara hacia delante sin echar a nadie de menos. A la caída de la tarde, cuatro desconocidos buscaron el camino más discreto y salieron de la aldea. Hombres duros, perdonavidas, acostumbrados a la violencia y a la oscuridad; inmunes al temor. Marchaban despacio y complacidos, pero también alerta, mirando de trecho en trecho hacia atrás como para cerciorarse de que, efectivamente, se alejaban de algo. Ni siquiera se preguntaron por qué, habiendo sido el día tan apacible, las luces del crepúsculo eran tan tristes. Oculto por las ramas de los árboles, el autillo dio un aviso y una bandada de pájaros levantó el vuelo con la precipitación del que intuye lo nefasto. Algo se escondió entre la maleza.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió uno de ellos.

—No lo sé... —respondió otro. A mí me ha parecido un zorro... pero tal vez fuera un perro. Sí... la cola un poco grande, pero creo que era un perro.

Dobló el camino un par de recodos y el autillo chilló de nuevo preparándose para la noche. Los tonos de oro viejo que exhibían los campos comenzaron a ser sustituidos por otros grises y azules, no menos macilentos, y el aire, de ser cálido, se tornó más fresco. Un intento, tal vez, de acomodarse a la temperatura de las almas que empezaban a encerrarse en las casas. Fue entonces cuando los fugitivos hubieron de pararse en el tercer giro del sendero, donde ya no se veía la aldea; porque allí, de pie, como si fuera uno más entre los robles, había alguien esperando. Inmediatamente reconocieron la singular cicatriz, la mirada de aquellos ojos que, con el acento de las sombras parecían aún más terribles, y advirtieron también la sonrisa altiva del jefe aunque no supieron discernir, a su pesar, si aquello era alegría sincera o una mueca maligna.

—¿Eres tú, quitapecados? —preguntó el que iba en cabeza. Ya sabíamos nosotros que...

—Que la zorra cambia de pelo... pero no de condición —murmuró el clérigo dirigiéndose al hombre que había agarrado al niño. Es cierto lo que dijiste en la sacristía, «viejo amigo», pero no del todo. En mi caso, he cambiado de condición... mas no de pelo. Es cierto que me he escondido bajo este disfraz y que he buscado refugio en este pueblo remoto. La verdad, no sé cómo habéis dado conmigo... Al principio no quise sino una prudente retirada puesto que la horca me perseguía insistentemente y no estaba dispuesto a que me tuviera entre sus invitados... pero luego, sin haber imaginado por un solo momento que existía algo distinto de lo que todos conocemos, encontré aquí algo mucho más valioso que cualquier tesoro o todas nuestras rapiñas. Vosotros, malditos, no podéis entenderlo, pero no hay nada comparable a la mirada absorta de un niño que disfruta de lo creado. Todos tenemos olvidado ese pequeño detalle hace ya mucho tiempo y hemos preferido la sangre o el fango para nuestros ojos; y a veces, como yo mismo, pecador de mí, un navajazo. Nunca tendré

la limpia ilusión que tenía mi monaguillo cuando observaba algo, pero con esta sotana intentaré que otros la tengan... Por lo demás, como podéis ver, conservo quizá algo menos pelo; pero sabed, para vuestra desgracia, que mis otras habilidades están intactas. Sólo quería deciros esto...

El autillo dio un último grito y el sol, por fin, abandonó el mundo dejando en el cielo un intenso color púrpura. Otro, similar, quedó en la tierra junto con la noche y el sonido de unos muelles de navaja.

Al día siguiente, en el campo santo, muchos se esforzaron por comprender cómo es que Dios, en su infinita bondad, organiza las cosas de manera tal que siempre pagan los más indefensos; otros simplemente lloraron y algunos, los menos, comentaron con voz muy queda las extrañas noticias que habían oído de madrugada. Que al parecer, unos buhoneros habían hallado cerca de allí a cuatro hombres desnudos, atados y casi sin conocimiento. Que los habían socorrido en aquel trance; que uno de ellos tenía un crucifijo entre las manos y que, al ser preguntados, nada pudieron decir. Que estaban desquiciados. Que por lo visto, les habían cortado la lengua a todos...

Alguien anunció, en los días posteriores, que al señor cura le habían encontrado paseando por los huertos, meditando, escondido entre las zarzas, y como si espicara algo... Más tarde las murmuraciones se cebaron en su comportamiento raro y algún deslenguado se atrevió a comentar que hablaba a solas consigo mismo o con alguien que parecía un niño. Pero en la aldea, andando el tiempo, todos se convencieron de que el santo varón tenía ganado el cielo y que, sin duda, llevaba camino de hacer milagros.

Y es que, de cuando en cuando, pudieron sorprenderle, incluso, charlando con los zorros...